

tos, os eleváis á una altura incomparable respecto de vuestros hermanos los que quedan en el siglo. De un golpe destruí el eterno afán de las riquezas, las continuas agitaciones de la comodidad, los caprichos de la moda, y las aspiraciones innumerables que llenan el corazón de los mundanos; pues con veros sometida á la pobreza del claustro, huyen para nunca volver, como las tinieblas á la presencia de la luz, esa multitud inmensa de quimeras caprichosas, y de vanos fantasmas que arrastran incesantemente á los miserables ricos de Babilonia. Al escoger á Jesucristo por único y exclusivo dueño de vuestro corazón, triunfáis de vuestro cuerpo, ó para mejor decir, le eleváis á una condición angelical, pudiendo decir á vos misma lo que en otro San Pablo á los fieles de Corinto: „Caminando en carne, no militarémos sin embargo según la carne.”<sup>1</sup> Sin embargo no es esto todo; habéis conquistado un triunfo todavía más glorioso. Desdenar las riquezas y cuanto el mundo contiene en el gran sistema de los objetos que arrastran la ambición ó la vanidad, es un acto de nobleza que tiene pocos agemplos entre los hombres: rehusar el cuerpo cuanto excede de las necesidades de su conservación, para no consultar sino los grandes intereses del espíritu, es un poder tan sublime, que dista mucho del esfuerzo común de la naturaleza humana; pero renunciar á la libertad, sacrificar para siempre en los brazos de la obediencia el noble atributo de elegir, que ni el mismo Criador ha querido reservarse, es un esfuerzo noble de poder, que no cuenta un solo ejemplo en el inmenso panteón de fabulosas virtudes que nos ha dejado en su historia de cuarenta siglos la filosofía del paganismo; es un heroísmo de sentimientos que no pudo entrar ni aun en las previsiones de los antiguos sabios; es un vuelo rápido hácia la perfección cristiana, que nunca puede admirarse bastantemente; es, si así puedo explicarme, el último toque de colorido que puede dar el hombre á su semejanza con Dios.

¿Cuál será pues, hermanos míos, la excelencia que tie-

(1) II Cor. X. III.

ne á los ojos del Señor un estado como este, en que no se trata de otra cosa que de su voluntad y de su gloria? El solo auxilio que nos prestan las luces de nuestra propia razón, cuando consideramos en sí misma esta abnegación absoluta y perfecta que forma el todo de la profesión religiosa, nos basta para convencernos de que nunca el alma fiel que se ofrece á los ojos del Altísimo es más excelente y grande, que cuando ha elegido para servirle un género de vida en que todo es muerte para el mundo, para los sentidos, para la libertad misma, y todo es vida para el cielo, para el alma, para la ley eterna y la voluntad perfectísima del Señor. ¿Y cuánto no deberá crecer nuestra veneración á un estado tan perfecto y santo, cuando juntemos á nuestras propias luces las luces de la fe, y estrechemos nuestras propias convicciones con el oráculo infalible de la eterna verdad? „¿Dónde está la sabiduría, preguntaba en otro tiempo uno de los Profetas? No está en mí, responde el abismo; habla el mar, y dice: no está conmigo. ¿Dónde está pues la sabiduría? *¿Sapientia ubi est?* ¡Vanos clamores, que se propagan como el trueno por toda la extensión del Universo, pero que no vuelven ya sino los tristes ecos de la duda! ¿Dónde está la sabiduría? ¡Ah! con una voz muy desconsoladora, que viene á herir el alma de Job, „huyó de la tierra, y solo queda una vaga y confusa memoria de que existió en otro tiempo, le responden por último „la perdición y la muerte.” *Perditio et mors dixerunt auribus audivimus famam ejus.*<sup>1</sup> Ved aquí, católicos, la sabiduría desterrada del mundo: porque el abismo no es más que el caos del pecado, ni el mar es otra cosa que el inmenso golfo de iniquidad que presenta el mundo, ni la perdición y la muerte deben reputarse aquí, sino como los signos decrepitos de un mundo envejecido en la iniquidad. La verdadera sabiduría, es decir, la ley eterna conocida y practicada, el cristianismo en su pureza, el Evangelio en su rigurosa observancia, el espíritu de Jesucristo, la Iglesia en la soberanía de sus máximas, han venido á ser nombres para el siglo, el cual, á fuerza

(1) Job. XXVIII. 22.

de interpretar á su capricho los preceptos de la lei, ha llegado á darles unos caracteres de suavidad y ligereza que no entran por cierto en la mente de aquel, que dijo, para estimularnos á seguirle: „mi yugo es suave y mi carga ligera.”<sup>1</sup>

¿Dónde está pues la sabiduría? No la busquéis, católicos, en el abismo insondable del mundo, donde se cree á Dios y no se le teme, ni en el mar turbulento y agitado del corazón, que teme á Dios y no le obedece. Venid á buscarle mas bien á estos retiros ignorados, donde el santo temor de Dios es el principio reconocido de la verdadera sabiduría, donde las santas inspiraciones del cielo reposan en un pecho casto, como la tenue y finísima esencia en un vaso cerrado de cristal puro, donde se ignora la necesidad de resplandecer ante los hombres, y solo se conoce la santa oscuridad de la penitencia, donde está proscrito cualquier afecto que no vaya encaminado al dulce Esposo de los Cantares, donde se ha comprendido la significacion de esta palabra, que no ha podido entender el mundo al cabo de diez y nueve siglos: „El que quiera salvar su alma la perderá y el que la pierda la encontrará.”<sup>2</sup> finalmente donde se detienen con una complacencia inexplicable las miradas del Señor, del Señor que entiende los caminos y conoce las moradas de la sabiduría, y nos advierte á todos de su paradero feliz. *Deus intelligit viam ejus, et ipse novit locum illius.*<sup>3</sup>

Porque, ¿qué se necesita para poseer la verdadera sabiduría? Meditar incensantemente en la lei del Señor: meditacion sublime, que añade luz á luz y fuerza á fuerza; que elevó al Profeta-Rei sobre sus Maestros, dándole una sabiduría superior á la de los ancianos, y que pudo comunicarle aquella prudencia consumada con que triunfó de sus enemigos: amar la palabra del Señor, hasta el extremo de jurar irrevocablemente una sumision absoluta á los altos decretos de su justicia. ¿Quién posee la verdadera sabiduría? El que vende todos sus bienes, y compra con su producto la heredad feliz donde

(1) Math. XI, 30.—(2) Math. XVI, 25.—(3) Job. ut supra.

está escondido el tesoro. ¿Quién posee la verdadera sabiduría? La prudente vírgen que guarda inextinguible la antorcha de la caridad. ¿Quién posee la verdadera sabiduría? Esas almas, católicas, que bien aleccionadas en las incomparables bellezas de los caminos de Dios, viven en la carne, pero no se gobiernan segun ella; conservan su vida, mas para mortificar su cuerpo todo el dia por Jesucristo; usan de este mundo, pero como si no usaran de él: porque han sido crucificadas para el mundo; y el mundo ha sido crucificado para ellas: son aquellas almas felices á quienes el Apóstol decia: „muertas estáis, y vuestra vida está escondida en Dios con Jesucristo.”<sup>1</sup> aquellas en fin, que fastidiadas profundamente de los caprichos del corazón, asustadas á la vista de ese torrente caudaloso que envuelve en su corriente fatal á casi todas las generaciones, toman las alas de la paloma, buscan el puerto, y claman alegres desde el centro de su retiro, lo mismo que el Profeta-Rei: „yo he huido lejos del mundo para conservar mi inocencia en el seno de la soledad.” *Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine.*<sup>2</sup>

Abrid el Evangelio, Católicos, ese libro divino donde todo se muestra, donde el oráculo eterno ha resuelto definitivamente todas las cuestiones que miran á nuestro destino inmortal: preguntad al Hombre-Dios el lugar que ocupa en su predileccion excelsa la vocacion de estas almas, que adelantándose á las últimas horas de la existencia, han venido desde el alba á esperar la hora de Dios y la luz de la eternidad desde este retiro humilde donde los sentidos no tienen recreo, ni la vanidad ilusiones, ni el mundo pensamientos. ¡Gran Dios! aquí están pues aquellos á quienes habéis prometido con la vida eterna el ciento por uno, aquellos labradores infatigables, que para no tener motivo de volver atras la vista despues de tomar la mansera, no vinieron al campo de su labor sin haber disuelto su familia y destruido su cabaña; los que no vieron en vuestra venida la falsa paz que el mundo solicita, sino el cuchillo severo que

(1) Rom. VII, 17.—(2) Ps. LIV, 8.

corta del árbol el ramaje superfluo que no le permite descollar hácia el cielo: vuestros pobres de espíritu, vuestras almas pacíficas, las que tienen hambre de vos, y contemplando la vida como un obstáculo continuo para satisfacerla en toda su plenitud, contemplan la muerte como una resurrección gloriosa.

Regocijaos, pues en buena hora, ó virgen, escogida para el tálamo del Celestial Esposo, pues que habéis hecho en sus aras el omnimodo sacrificio de vuestra familia, de vuestras relaciones, de vuestro universo, de vuestros sentidos y de vuestra libertad; pues que os ha escogido para que seais su pueblo, y vos le habéis elegido también para que sea Vuestro Dios; y pues que, habiéndolo renunciado todo por él, podéis en adelante ser contada entre los que se llaman por excelencia conciudadanos de los santos y domésticos del Señor! Seguid, seguid adelante: no temáis los tumultos repetidos de Babilonia, la atmósfera emponzoñada y pestilente de Egipto, las oleadas tempestuosas del mar, el encuentro espantoso de los elementos: no conturben vuestro pecho las desolaciones repetidas del tiempo, ni alarme penosamente vuestro espíritu la imponente y misteriosa perspectiva de la eternidad. ¡Qué sendero mas fácil y mas apetecible pudiera abrirse al resto de vuestra peregrinación, que el que os proporciona un estado el mas excelente á los ojos de vuestro Padre celestial? Si el mundo os compadece, tenedle lástima; si el mundo os murmura, lamentad su demencia; si el mundo os llora, decidle como Jesucristo á las hijas de Jerusalem: „no lloréis por mí; llorad mas bien por vos.” Pero no lo he dicho todo, hermana mia; tal vez no disputan los mundanos la excelencia de esta vocación á los ojos de Dios; mas profundamente ignorantes de los encantos de la abnegación, de las dulzuras del claustro, de los goces inefables de la vida contemplativa, no quieren confesar que han nectado en la amargura de la penitencia, y atrativos innumerables en el peso de la Cruz. No creo que un solo temor de esta clase contriste al presente vuestro pecho; pero sí entiendo, que debo proporcionaros á vos el gozo y á mi auditorio la edificación de sentir cómo la

suerte que os ha cabido, no solo es la mas excelente á los ojos de Dios, sino también la mas grata y feliz á los ojos de vos misma.

## SEGUNDA PARTE.

Cuando os hablo, hermana mia, de la superioridad que debe tener á vuestros propios ojos esta vocación sublime que celebramos al presente, no imaginéis por cierto que voi á comparar con los goces espirituales que se os preparan, los placeres delincuentes del siglo: no, jamás estos deberán servir de dato al alma fiel para estimar el valor de su dicha. Ningun estado es compatible con ellos; y por lo mismo, no se trata de saber aquí, si es mejor seguir la vida monástica que abandonarse á los deleites y comprometerse en laberinto de las pasiones, sino de ponderar hasta qué grado de perfección puede ella conducirnos, y hasta qué punto asegurarnos la posesión inamisible de una verdadera felicidad. ¡Desdichado de aquel que, al hacer su peregrinación por la vida, no haya podido apercibirse de que pasaba por un valle de lágrimas y un campo de tribulación! El se sorprenderá con un espectáculo terrible y verdaderamente desesperado al descender al sepulcro, y comprenderá muy á su pesar, que lejos de haber tenido ideas legítimas sobre la excelencia relativa de las situaciones diversas del hombre durante su vida, anduvo por los senderos mas intrincados, sin haber atinado nunca con el camino de la verdad. <sup>1</sup>

Otros son, pues, ó católicos, los principios que deben gobernarnos en tan importante investigación, reducida á saber, no en cual de los estados pueden aglomerarse cuantiosas riquezas, mayor número de goces sensibles, ó un predominio mas alto sobre los otros; no en donde quedarán mejor satisfechos los caprichos del amor propio y las pre-

(1) Spa. V, 7.